

SOLO LIBROS / reseñas

CRISTIANE ALVES CAMACHO DOS SANTOS. *ESCREVENDO A HISTÓRIA DO FUTURO. A LEITURA DO PASSADO NO PROCESSO DE INDEPENDÊNCIA DO BRASIL.* SÃO PAULO: ALAMEDA, 2017, 236 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i47.680>

En las últimas décadas, los trabajos sobre la independencia de Brasil han renovado la historiografía de manera novedosa, trayendo nuevas interpretaciones y explicaciones acerca de ese proceso histórico. En el mundo hispanoamericano y, en general, en la historiografía mundial tal proceso es visto como una excepción, ya que allí se logró concretar la independencia y la formación del Estado nacional, supuestamente, sin guerras sangrientas y con un proyecto monárquico en contravía de los nacientes proyectos republicanos que se fueron formando cerca de sus fronteras. Sin embargo, precisamente, eso es lo que la reciente historiografía ha venido desmintiendo: en Brasil igualmente hubo guerras sangrientas y la posibilidad de formar una república estuvo presente. Como muestran diversas investigaciones, los procesos revolucionario e independentista, así como la formación del Estado y la nación brasileños están bastante relacionados con los demás procesos que se empezaron a constituir en el mundo atlántico desde finales del siglo XVIII y durante el XIX.

El libro aquí reseñado es producto de la investigación que Cristiane Santos realizó en su trabajo de maestría en la Universidad de San Pablo, defendida en 2010. A partir de la propuesta metodológica de R. Koselleck sobre las nociones de “espacio de experiencia” y de “horizonte de expectativas” traza su marco de análisis sobre las lecturas que hicieron los actores políticos del período independentista respecto a la narrativa histórica del pasado y los pronósticos del futuro. Así, uno de los principales objetivos es analizar cómo las élites (políticas, económicas y sociales) fueron legitimando en sus discursos entre 1821 y 1822 la independencia de Brasil frente a Portugal. Para ello, principalmente, va a valerse de la prensa y folletos editados en ese momento específico. A partir de esas fuentes primarias examina cuáles eran las interpretaciones y explicaciones de la experiencia histórica que los actores

políticos de ese momento hacían acerca de su identidad política, así como sus intentos de construir una nueva narrativa histórica de Brasil en la cual su relación con Portugal ya no era de unidad, sino de oposición. De ahí el título de “escribiendo la historia del futuro”, pues uno de los objetivos de los actores políticos era crear una historia singular de Brasil. Como señala Santos, Brasil a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX no existía como un Estado o como una nación, lo que tenemos es una identidad colectiva asociada a la nación portuguesa. No obstante, esa identidad política empezaría a ser criticada con la revolución pernambucana en 1817 y después sistemáticamente desde 1820 con la Revolución liberal en Portugal. Las medidas tomadas en las cortes de Lisboa crearon diversos conflictos políticos, económicos y sociales entre las élites provinciales lusoamericanas, las cuales divergían entre apoyar o no el nuevo proyecto monárquico impuesto desde la metrópoli. Algunas de las medidas que causaron polémica fueron la extinción del Reino de Brasil, creado en 1815, la exigencia al rey D. Juan VI, que estaba en Río de Janeiro, para que volviera a Portugal, más adelante lo mismo se le exigiría a su hijo, el regente D. Pedro I. Esto, así como la desigualdad en la representación posibilitaba aún más que los lusoamericanos proyectasen su independencia de Portugal.

El libro está dividido en tres capítulos y un epílogo. En el primer capítulo, titulado “Identidades políticas y experiencia del tiempo en la crisis del Antiguo Régimen portugués”, analiza cómo se representaba en la narrativa histórica a la América portuguesa, desde mediados del siglo XVIII hasta 1820. Va a mostrar que en un primer momento la representación de esa experiencia histórica mantiene una unidad y se muestra favorable a los hechos de los portugueses en el proceso de colonización. Si bien a finales del siglo XVIII y a comienzos del XIX ya hay una noción de Brasil como una entidad singular, esta está siempre vinculada al imperio portugués. Con la invasión francesa a la península ibérica y el traslado de la Corona a sus territorios en América, la identidad política de los lusoamericanos tendrá significativos cambios cuando la monarquía portuguesa se establece en 1808 en Río de Janeiro, pues ahora Brasil cambiaba su estatus de colonia a ser sede del imperio (44 y ss.) Aquí la autora explica detalladamente algunas de las disputas que hay en la definición en torno del concepto colonización y sus derivaciones (60 y ss.).

En el segundo capítulo, titulado “La tematización de la presencia portuguesa en la América de 1821”, examina las narrativas acerca del papel de los portugueses en América. Como se observa, algunas veces dicho papel es presentado positivamente, pues se muestra como articulador de unidad, progreso y civilización; en otras negativamente, ya que es asociado a opresión y explotación. Ahora bien, para explicar ese tema expone la importancia de la apertura del espacio de opinión pública, señala que a partir de 1820

hay un aumento significativo de publicaciones de periódicos y folletos, que son las fuentes primarias más importantes que va a usar para demostrar sus hipótesis a través de la obra. Aunque, como sabemos, la mayoría de los periódicos fueron publicados en Río de Janeiro, hay un esfuerzo notable por consultar los que se publicaron en otras provincias (como Bahía, Pernambuco, Pará o fuera de Brasil, como el *Correio Braziliense* publicado en Londres). Esto le permite contrastar diversos discursos e intereses políticos entre las élites provinciales. Podemos observar que en un primer momento gran parte defiende en sus discursos la unidad del imperio, pero estos comenzarían a alternarse con versiones negativas de la colonización, como una forma de opresión (87 y ss.). De esta manera se pueden encontrar ambos discursos al tiempo, según los intereses de los actores políticos en los debates. Lo anterior claramente está ligado al contexto de la Revolución liberal de Porto de 1820 que posibilitaba críticas al imperio y su forma de gobernar. Además, para los lusoamericanos, los acontecimientos en la América española y en la misma Europa servían como ejemplos y referencias para sus propias experiencias y expectativas.

En el tercer capítulo, titulado “La victoria de los ‘tres siglos de opresión’ y la valorización de las experiencias históricas recientes”, analiza cuáles son los discursos históricos expuestos en la prensa, así como las lecturas que se hacían acerca de la colonización portuguesa en América, principalmente a partir de 1821 y 1822. En este momento se refuerza el discurso respecto a los “tres siglos de opresión”, que era instrumentalizado para mostrar la incompatibilidad de la historia de Brasil con la de Portugal, en otras palabras, el proyecto político de la unidad de la nación portuguesa esbozado desde la metrópoli era incompatible con el proyecto de emancipación que se comenzaba a expresar en Brasil. Para ello, como muestra la autora, los publicistas lusoamericanos se valieron de las tesis de los abades Raynal y De Pradt, expuestas en sus libros, tanto para legitimar sus discursos acerca de la independencia como para esbozar nuevas construcciones sobre la narrativa histórica de Brasil, por cierto cada vez más politizada.

Finalmente, en el epílogo trata el tema de la cuestión nacional, para ello examina básicamente los trabajos de E. Hobsbawm y A. Smith, quienes abordan el asunto desde diferentes perspectivas. Para el primero, la nación y el nacionalismo toman forma desde el Estado, mientras que para el segundo es desde los grupos o comunidades étnicos que se constituyen. Este análisis final es pertinente porque la investigación de la autora es atravesada por la reflexión sobre formación del Estado y la nación brasileños. Así, muestra que las lecturas que los actores políticos hacían del pasado en el período independentista, de una u otra manera, van a servir como fuente a la historiografía que se empieza a consolidar a mediados del siglo XIX, para legitimar

la formación del Estado nacional brasileño. Esa naciente historiografía establecía sus bases en 1838 con la creación del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (IHGB), la cual podía acercarse o distanciarse de las lecturas sobre el pasado que predominaron durante el período de independencia, esto según fuese el caso de la narrativa histórica que se quisiera construir.

Por último, para los interesados en el tema de la independencia de Brasil, *Escribiendo la historia del futuro* es un texto novedoso, con un trabajo riguroso y bien logrado en los objetivos propuestos por la autora. Es una excelente contribución para comprender y entender la formación del Estado y la nación brasileños. Además, es una obra que nos invita a reflexionar el tema para otros espacios y tiempos, por ejemplo: ¿cuáles fueron las lecturas que hicieron los actores políticos en el mundo angloamericano e hispanoamericano respecto a sus narrativas históricas del pasado y sus pronósticos para el futuro? No sobra decir que ya hay trabajos que apuntan en esa dirección, pero aún al tema no se le ha dado la debida importancia, como se observa aquí en la obra reseñada.

Óscar Javier Castro
Universidad de São Paulo / CNPq

MERCEDES PRIETO, COMP. *EL PROGRAMA INDIGENISTA ANDINO, 1951-1973. LAS MUJERES EN LOS ENSAMBLES ESTATALES DEL DESARROLLO.*
QUITO: FLACSO ECUADOR / INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS, 2017, 336 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i47.681>

Este libro, compilado por Mercedes Prieto, es el resultado de un trabajo interdisciplinario, “colaborativo y regional” que tiene por objetivo dar cuenta de la especificidad de “las relaciones del Programa con las mujeres indígenas y con los modos de formación de los estados andinos” (1), sin perder de vista las dimensiones regional y global. El libro tiene seis capítulos: el primero explica y problematiza, a modo de contexto, la emergencia, el alcance y las modalidades de intervención del Programa, mientras que el último, a modo de cierre, aporta con innovadoras reflexiones conceptuales respecto al vínculo entre el par “integración-desarrollo”, el Estado y el género en las naciones andinas. Los cuatro restantes presentan estudios de caso en las zonas rurales de altura de Bolivia, Ecuador, Perú y Chile, en donde el diálogo entre la historia, la sociología y la antropología permite una comprensión integral de la problemática.¹ Cada uno de ellos refleja el uso riguroso de dispositi-

1. María Lourdes Zavala estudia el caso en Pillapi (Bolivia), Mercedes Prieto y Ca-

vos metodológicos complementarios: la consulta de documentos inéditos, las entrevistas a profundidad y la revisión de fuentes secundarias; además, pone a prueba conceptos occidentales como el “Estado” o la “burocracia racional” de Max Weber ([1956] 1995), la “gubernamentalidad” de Michel Foucault (1991), o el “gobierno de los padres” de Norbert Elias (1998), en relación a sus respectivos hallazgos empíricos. Tal aproximación evidencia la pertinencia de algunas de las nociones evocadas, así como el vigor de otras nuevas. Es el caso de, por ejemplo, el “estado por delegación”, noción formulada por Christopher Krupa (2010), o el de la “administración de poblaciones” que sugiere Andrés Guerrero (2010), así como de sus originales variantes propuestas por las autoras de este libro.

¿Qué lugar ocupa el “Programa Indigenista Andino” (PIA) promovido por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en la historia del Estado en los Andes? En los capítulos primero y tercero, Mercedes Prieto y Carolina Páez demuestran que la intervención del PIA, en los años 1950, marcó una ruptura con el “*habitus* estatal” que se había producido durante la primera mitad del siglo XX en las “comunidades libres” indígenas. En estas zonas, donde el Estado delegó su quehacer a intermediarios públicos y privados (el cura, el hacendado o el teniente político), denominados “sujetos de Estado” por Prieto (2015), se produjo una suerte de “estatización parcial” debido a su presencia esporádica y fragmentada. Tal delegación impide la consolidación de instituciones o sistemas burocráticos de incidencia cotidiana, provocando, por un lado, “espacios de autonomía”, y por otro, de “indiferencia o prescindencia de las poblaciones indígenas” (111). El acceso a documentos oficiales del PIA, también llamado “Misión Conjunta para el Altiplano Andino” o “Misión Indigenista Andina”, permite a las autoras sustentar la tesis de que su intervención generó una transformación en el escenario estatal rural, principalmente de Bolivia, Ecuador y Perú. En coordinación con los gobiernos, el Programa diseñó una institucionalidad dirigida al bienestar del indígena-campesino, con el objetivo de integrarlo al Estado-nación, convertirlo en fuerza productiva para el desarrollo nacional y restituirle una “vida digna”, incorporando nuevos “sujetos estatales” y “modalidades de delegación” (19, 23, 111) distintos a los del “orden tutelar”, en el sentido que propone Guillermo Nugent (2010). Como bien precisan las autoras, se trata de promotores y promotoras locales (maestras y trabajadoras sociales en su mayoría) encargados de cumplir con tres roles en las poblaciones intervenidas, a saber: ser “eslabones entre la burocracia local e internacional y la población indígena”; ser “delegados del programa” en la comunidad,

rolina Páez los casos de Imbabura y Chimborazo (Ecuador), María Emma Mannarelli el caso de Puno (Perú) y Mercedes Prieto el caso de los pueblos del interior de Arica (Chile).

y liderar el trabajo comunitario (obras públicas y mingas). Esta estrategia delegativa buscó profundizar los “lazos de cercanía e intimidad” con los habitantes para “acceder a sus deseos y comprenderlos”, de tal forma que se garantice una mayor aceptación del Programa en las comunidades (31-32). A diferencia del “*habitus* estatal” de inicios de siglo, la intervención del PIA densifica la institucionalidad estatal, dando lugar, por ejemplo, a la consolidación de establecimientos de educación rural y alfabetización, centros de salud, clubes de amas de casa y de jóvenes, cooperativas agrícolas y talleres artesanales, en donde la agencia de los promotores y habitantes locales es primordial (111, 123).

¿Cómo caracterizar el enfoque de su intervención en el marco del proceso de modernización en América latina? El Programa no estuvo exento de dificultades. El PIA fue un programa de intervención para el desarrollo de las poblaciones indígenas de los Andes, liderado por la OIT en coordinación con otros organismos supranacionales (ONU, UNESCO, UNICEF, FAO, OMS, OEA). Tal iniciativa de carácter “globalizada”, como acertadamente es calificada por Prieto y Páez, encontró su origen en el período de entreguerras (1918-1939) cuando los poderes mundiales focalizaron su interés en las limitaciones que, a su juicio, tenían las poblaciones originarias del mundo en su “rol de trabajadoras”. Esta constatación los llevó a buscar una redefinición de su lugar en la sociedad mediante la escolarización, la salud, la higiene, la productividad, la organización y la participación (8, 40, 48). Su inmersión en las diferentes naciones implicó un trabajo de negociación importante con los gobiernos. Bolivia se encontraba en plena Revolución nacionalista (1952) y proceso de reforma agraria (1953); Ecuador había perdido parte de su territorio en la guerra con el Perú de 1941 y, bajo la tutela de gobiernos conservadores (1952-1956), buscaba reconfigurar la nación; en Perú, los militares en el poder impulsaban un “reformismo moderado” y una “expansión de servicios estatales”, período conocido como el “Ochenio de Manuel Odría” (1948-1956); mientras que Chile buscaba integrar a las poblaciones indígenas y a los territorios fronterizos del norte a la nación, a través de la urbanización y la “chilenización”. Como lo demuestran las autoras, las implicaciones de la negociación se evidencian, por ejemplo, en las dificultades que tuvo la Misión en introducir la idea de “desarrollo”, la cual quedó enredada en nociones anacrónicas de “integración y rehabilitación” del indio de inicios del siglo XX. No obstante, las naciones andinas la asimilan en tanto herramienta que posibilita la “sujeción de las poblaciones, a través del desarrollo comunitario” y “el crecimiento económico de la nación”. Esta perspectiva, fruto de la negociación entre lo supranacional y lo nacional, es denominada por las autoras como “integración-desarrollo” (48). La Misión respondía a un enfoque humanista. Sus miembros eran afines a la profesionalización de la antro-

pología o a la tradición indigenista y muchos de ellos venían de experiencias de “desarrollo comunitario” implementadas en comunidades originarias de Nueva Zelanda, Estados Unidos, el Caribe, África o la India, las mismas que fueron promovidas en el III Congreso Indigenista Interamericano (La Paz, 1954). Esto explica los debates entre miembros de la Misión, intelectuales y políticos nacionales, en torno a los efectos de aculturación que podía significar mejoras en sus condiciones de vida (6, 9, 19, 27). De manera clara, el libro da cuenta del efecto que la globalización tiene en la región andina, pero también de sus límites, ya que se trata de países que se encuentran concentrados en consolidarse como Estados-nación.

¿Por qué las mujeres adquieren centralidad en el programa? Más allá de sus especificidades, la intervención de la Misión Andina en el hogar es común a los cuatro casos de estudio. Este espacio, así como la escuela, son identificados como escenarios clave para generar el cambio de la mentalidad y las prácticas culturales del indígena-campesino relativas, por ejemplo, a la salud, la nutrición, la higiene y el monolingüismo. Como bien advierte María Lourdes Zavala en el segundo capítulo, al ser estos ámbitos considerados como propios del sexo femenino, la mujer adquiere una especial relevancia en el proyecto. Es particularmente revelador el caso de los clubes de madres constituidos en Pillapi (Bolivia) y coordinados por trabajadoras sociales. En él, Zavala demuestra cómo estas instancias sirven como herramienta para construir una identidad femenina de carácter paradójico, de domesticación y, a la vez, de empoderamiento. El objetivo primordial de los clubes era entrenar a la mujer indígena-campesina para que adquiriera las destrezas del “mejoramiento del hogar” (elaborar recetas nutritivas, coser, atender a los niños), de tal modo que se convirtiera, en poco tiempo, en la figura moderna y urbana de la “madre-ama de casa”, alejada de sus actividades agropecuarias y productivas. Sin embargo, al ser espacios de encuentro entre varias mujeres, estos terminaron por generar procesos de participación, organización y acumulación de “pequeños poderes” femeninos en la comunidad (89, 101). Por supuesto, como puntualiza María Emma Mannarelli basándose en el caso de Puno (Perú), este efecto no significará de ninguna manera el aplacamiento de la “tutela doméstica masculina” (230). Con respecto a este dispositivo, Prieto y Páez identifican de manera lúcida el interfaz que se produce entre las mujeres indígenas y la burocracia estatal al que llaman “doble delegación femenina”. El Estado ingresa a la intimidad de los hogares a través de trabajadoras sociales, las cuales intervienen en sujetos y cuerpos indígenas femeninos con el propósito de que se conviertan en los reproductores de la modernización que el Estado pretende (112). No obstante, frente a la domesticación, las mujeres no son pasivas. Como los testimonios de los pueblos del interior de Arica (Chile) demuestran, muchas de ellas se resisten

a abandonar sus “trabajos extradomésticos”, desafiando lo que Prieto denomina “la frontera de género” imaginada por el PIA: mujeres en lo doméstico-comunitario y varones en lo laboral-comunitario (43, 257).

Sin duda, se trata de una obra ejemplar que refleja un trabajo epistemológico integral poco común en las ciencias sociales de la región.² Supera el nacionalismo metodológico y propone nuevas nociones, indispensables para comprender los Estados en los Andes “desde abajo”, donde el género deja de ser únicamente una perspectiva de análisis y se convierte en el corazón de la problemática. Su vocación interdisciplinaria es indiscutible y revela el carácter delegativo del Estado, fragmentado en agentes que lo encarnan a lo largo del siglo XX, despertando en el lector posibles conexiones con otros conceptos que permiten repensar la institucionalidad contemporánea como son la “autoridad”, el “individuo”, el “lazo social” y la “socialización”, propuestos para América Latina desde la sociología.³

Salomé Cárdenas Muñoz

Centre d'études sociologiques et politiques Raymond Aron - EHESS/CNRS

JHOSMANE JESÚS ROJAS PADILLA, *SIN CARABINEROS NO HAY REVOLUCIÓN. PARTICIPACIÓN DEL CUERPO NACIONAL DE CARABINEROS Y POLICÍAS EN LA REVOLUCIÓN DE ABRIL DE 1952*. LA PAZ: TOPAZ EDITORES IMPRESORES, 2016, 166 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i47.682>

Este libro sobre la Revolución de 1952 en Bolivia ofrece una nueva perspectiva de la lucha armada en la ciudad de La Paz del 8 al 10 de abril, haciendo énfasis en una institución que jugó un rol importante: el Cuerpo Nacional de Carabineros y Policías. Luego de los sucesos de abril, la cúpula del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) procuró dejar sentado, tanto en las versiones oficiales como en las del partido, que la Revolución del 52 fue realizada por el pueblo. Esta generalización a nombre de “pueblo” dejó en el anonimato a instituciones y sectores que tuvieron una trayectoria de lucha social, política y sindical ajena al MNR y que participaron en la revolución

2. Véase Paul Pasquali, “Combinar etnografía y socio-historia. De la unidad de las ciencias sociales a la complementariedad de los métodos”, *Revista Colombiana de Antropología*, n.º 54-1 (2018): 31-57.

3. En referencia a las publicaciones de Danilo Martuccelli, *¿Existen individuos en el sur?* (Santiago de Chile: LOM, 2010); Kathya Araujo y Danilo Martuccelli, *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena*, vols. 1 y 2 (Santiago de Chile: LOM, 2012); y Kathya Araujo, *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad* (Santiago de Chile: LOM, 2016).

por distintos motivos. Por lo tanto, este texto, como dice el autor, critica la historia oficial y profundiza los sucesos de abril.

El Cuerpo Nacional de Carabineros de Bolivia no existe en la actualidad; en el capítulo primero se explica a qué se dedicaba esta institución. Los carabineros eran uniformados que combatían el crimen; a diferencia de los policías que investigaban el crimen y el delito, estaban organizados por una jerarquía militar y estaban adscritos a las Fuerzas Armadas. El uso de armas livianas y pesadas, el uso de uniformes y grados, y la duplicidad de funciones de seguridad y defensa, generaron rencillas con el ejército.

En el mismo capítulo se explican las diferentes versiones de la revolución. Es evidente la amplia lectura del autor para lograr identificar los distintos discursos; sin embargo, no logra establecer con más datos el momento en que el “golpe de Estado” pasó a ser una “revolución”. Se limita a señalar que si el pueblo participó en los sucesos y la repercusión es a nivel nacional, entonces el golpe se vuelve legítimo y revolucionario. No hay un diálogo teórico sobre qué es una revolución, y tampoco una profundización de la campaña política realizada por el MNR.⁴

El segundo capítulo trata sobre la formación de los cadetes carabineros y la estructura interna de la institución. El Cuerpo Nacional de Carabineros estaba conformado por veteranos de la Guerra del Chaco (1932- 1935) y reenganchados de las filas del servicio militar obligatorio, en su mayoría personas del área rural. Rojas señala que la población veía a los carabineros como ignorantes, analfabetos, alcohólicos y abusivos. Los jefes de la academia estaban al tanto de esta situación que, a la vez, empeoraba con las permanentes quejas por la falta de cultura general de los uniformados, que al parecer no sabían expresarse en forma escrita y oral, lo cual entorpecía los procesos. Para solucionar estos problemas, en los años 1940 se obligó a la tropa a tomar cursos de cultura general (lenguaje, aritmética, historia, geografía), defensa personal, derecho (procedimientos, leyes y códigos), instrucción de armas, instrucción cívica e higiene, entre otros. La profesionalización de los carabineros, además de solucionar la atención de las comisarias, también pretendía mejorar el servicio de vigilancia y evitar el abandono de funciones.

Finalmente, el tercer y último capítulo explica por qué los carabineros participaron en la revolución y su rol en los días de abril. Entre 1949 hasta 1952 los problemas políticos se agudizaron en Bolivia; el “Mamertazo”, autogolpe perpetrado en junio de 1951 por el presidente Mamerto Urrolagoitia para no entregar la presidencia al jefe del MNR Víctor Paz Estenssoro, logró

4. En su momento, el aparato estatal represor consiguió que no hubiese otra versión de los hechos; los testimonios de los perseguidos políticos y sobrevivientes de los campos de concentración son escasos y muy poco difundidos.

instalar a las Fuerzas Armadas y a la “Rosca” (la oligarquía minera) en el poder. El pueblo, no conforme con la violación a los resultados democráticos de las elecciones, comenzó a sublevarse. El Cuerpo Nacional de Carabineros como institución fue el arma represiva del Estado durante estos años, a pesar de que tanto el MNR como la Falange Socialista Boliviana (FSB) desde 1943 (y sobre todo en 1949), habían logrado atraer a los uniformados a sus filas.

Los carabineros que fueron excombatientes de la Guerra del Chaco estaban más vinculados al MNR y su proyecto nacionalista, como la mayoría de los veteranos mestizos e indígenas. Padilla ve esta alianza como algo natural, aunque no explica que luego de la Guerra del Chaco grupos políticos de izquierda retomaron fuerza y los sindicatos proliferaron. Los exsoldados no recibieron las compensaciones que habían sido prometidas y, más importante aún, la guerra había desestructurado los estratos sociales en las trincheras: blancos, cholos, mestizos e indios habían padecido por igual las carencias y el horror de la guerra y se impuso un espíritu socialista e indigenista.⁵

Un cambio rotundo dio el Cuerpo Nacional de Carabineros cuando el ministro del Interior, el general Antonio Seleme Vargas, decidió, a pocos meses de la revolución, respaldar al MNR. Desde la noche del 8 de abril, alrededor de 2.400 carabineros tomaron plazas, calles y barrios estratégicos. El autor hace una descripción exhaustiva sobre el despliegue de tropas por la ciudad de La Paz. Sobre todo, hace hincapié en los días 9 y 10 de abril, momento cuando las asperezas acumuladas entre el ejército y los carabineros estallaron cuando se enfrentaron en la Ceja (límite entre las ciudades de La Paz y El Alto). Los carabineros tenían armas y municiones limitadas (a pesar de haber tomado el Polvorín de Caiconi), situación que inquietó a los movimientistas. El rumor de que el ejército movilizó a los regimientos del interior de la ciudad y del departamento para sofocar el golpe se convertía en realidad. En la madrugada del 10 de abril, el general Seleme renunció a la conducción del golpe y dejó las puertas abiertas para continuar, si así lo decidía cada carabinero, oficial, clase o tropa.

Algunos carabineros se retiraron, pero un grupo importante decidió continuar en la contienda. Ante la desventaja numérica y de armamento Hugo Roberts, líder movimientista, puso en marcha una estrategia con el fin de lograr la movilización y descenso de las tropas militares de la ciudad de El Alto. Tras varias horas de lucha, los carabineros fueron respaldados por el pueblo y lograron exitosamente la rendición del ejército.⁶

La posición del autor sobre la participación de los carabineros entre el 8 y 10 de abril de 1952 está plasmada en el título: *Sin carabineros no hay revolución*,

5. Posteriormente, la historiografía denominó a los excombatientes como la “Generación del Chaco”, los verdaderos pensadores y gestores de la Revolución de 1952.

6. El Colegio Militar pasó varios años cerrado para evitar futuros golpes de Estado al MNR.

y es que la intervención de estos fue decisiva en la toma de la sede de gobierno. Es evidente que la revolución del 52 fue un proceso que se gestó desde finales de la Guerra del Chaco y sus alcances repercuten hasta la actualidad.⁷ Sin embargo, el rol de los carabineros fue indiscutible en el momento del golpe de Estado, es claro que “el pueblo” no hubiera podido enfrentarse al ejército solo.

El texto proporciona un excelente contexto, descripción y cronología de los tres días de combate en la ciudad de La Paz. Pero deja de lado dos puntos importantes que repercuten hasta la actualidad: la venganza del ejército, y la rivalidad de las FF. AA. y la policía en 2003. Luego de varios años, el Colegio Militar volvió a abrir sus puertas y encabezó la represalia a los carabineros. Esta institución no pudo sobrevivir a ello y solo quedó vigente la policía, que desde entonces lleva malas relaciones con el ejército. Permanentemente a los cadetes del Colegio Militar se les recuerda los acontecimientos de la revolución, y la policía es catalogada como “golpista” e “insubordinada”. Además, se hace alusión negativa al origen rural y clase baja de los efectivos.

Luego de varias décadas, la policía y el ejército volvieron a enfrentarse en el “Octubre Negro de 2003”, cuando los conflictos sociales llegaron a su clímax y la policía como institución se amotinó y junto al pueblo pidió la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Por varios días, ambas instituciones (ejército y policía) se enfrentaron en el centro paceño, la memoria del 52 seguía presente entre los insultos y gritos de lucha.

Finalmente, es importante recalcar que, debido a la represalia hacia los carabineros, su intervención en el 52 fue minimizada. El tema en sí es novedoso y las fuentes con las que contó el autor son pocas, lo cual realza el esfuerzo de la investigación.

Stephanie Carola Vargas Mansilla
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

7. El voto universal, la nacionalización de las minas, la reforma agraria, la creación de la Central Obrera Boliviana (COB), la creación de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos (YPFB), la creación de Caja Nacional de Salud (CNS) y la abolición del servicio obligatorio indígena (pongueaje), entre otros.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO. *EL TRÓPICO DESMITIFICADO. HOMBRE Y NATURALEZA BAJO EL ILUMINISMO*. BUCARAMANGA: UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER, 2015, 354 PP.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i47.683>

Luego de un arduo forcejeo con fuentes e hipótesis, el autor pone al lector en diálogo con los destellos más sobresalientes, a su juicio, del legado de las andanzas iluministas en la Nueva Granada. Digo andanzas porque los actores de esta pesquisa se movieron de un lado a otro, tragándose montañas y enfrentando los enigmas de unas ciencias, como las naturales, en construcción. Harto se ha escrito sobre los bemoles de las expediciones botánicas. No obstante en este trabajo José Eduardo Rueda enriquece la historiografía de un período clave para el estudio del proceso que dio origen a la independencia de la metrópoli española, aportando nuevos elementos que permiten comprender el papel de los ilustrados en la agencia política y científica a finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

El título del libro, a mi modo de ver, debió llamarse el *Redescubrimiento de América*, hipótesis que Rueda demuestra tras un minucioso trabajo de fuentes que lo llevan a recrear el pensamiento y acción de expedicionarios e intelectuales que lograron recrear la ilustración española en el Nuevo Mundo. Dicho redescubrimiento pasó por la observación y caracterización de la naturaleza y la interacción entre esta y los restos de los pueblos originarios diezmados cultural y físicamente por los conquistadores. Su tesis central radica en la forma cómo dichas investigaciones, en el contexto del conocimiento útil, sirvieron de punta de lanza para los posteriores procesos económicos de los que se valió el imperio para el desarrollo comercial de la metrópoli.

La obra está estructurada en seis capítulos. Cada uno de estos dedicado en particular a quienes encarnaron las ideas ilustradas en el trópico. Desde Ulloa hasta Tadeo Lozano, pasando por el más emblemático de todos: José Celestino Mutis. El texto, jugoso en citas y pies de páginas, no deja nada al azar. Por el contrario, todo parece haber sido el resultado de largas jornadas de cavilación entre archivo y escritura. Rueda hace las veces del redescubridor de los actores centrales de esta historia que, como lo logra argumentar, tuvieron la no fácil tarea de desmitificar el trópico desde un enfoque eclético que logró convivir bajo el dualismo ciencia-religión. Sin duda, se trata de un aporte al debate historiográfico sobre antecedentes, contexto y consecuencias de la razón ilustrada en torno a problemas como el nacimiento de las ciencias en América, la historicidad del utilitarismo y el papel de la antropología cultural.

El primer capítulo está dedicado a la figura de Antonio de Ulloa, un clérigo que pisó tierra ecuatoriana el 24 de mayo de 1736 con una misión concreta: revisar y corregir la geodesia del territorio. Sin embargo, el merito de Ulloa y sus colegas (los franceses Bourguer y La Condamine, y Jorge Juan) sobrepasó esta meta. Incursionó en otros detalles desconocidos como la historia natural y lingüística, y las explotaciones agrícolas, ganaderas y mineras “con el fin de potenciarlos” (26). Para el autor del libro, este expedicionario fue un pionero de la historia como “una nueva forma de entender a América” (27), a la vez uno de los precursores de estudios sobre botánica, zoología, magnetismo, y mineralogía. Su método al que hoy podríamos ubicar en el campo del constructivismo, fue innovador porque concebía “el conocimiento como una larga serie de peldaños apoyados unos de otros” (34). Puso, como sus sucesores, la comprensión de la naturaleza americana al servicio de la expansión económica de la Corona española. Para la antropología ecológica contemporánea, las cavilaciones de Ulloa son valiosas aunque desconocidas. El merito de Rueda es sacarlas a flote, sobre todo cuando sostiene que “Ulloa advirtió cómo, a medida que el hombre tenía una relación más estrecha con la naturaleza, mucho más cercana, su cultura era simple, mientras que cuando el hombre se *alejaba* de la naturaleza, esto es, a medida que la transformaba y entendía para su bien, el grado de su cultura era más complejo” (47).

José Celestino Mutis, considerado en el texto como el oráculo del Virreinato del Nuevo Reino de Granada, ocupa el capítulo dos de este *Tropico desmitificado*. A diferencia de otras contribuciones sobre el más emblemático de los expedicionarios, José Eduardo Rueda nos presenta a un Mutis racional, calculador, empresario y contrario a los intereses de las clases subalternas, aunque por la “mezcla de doctrinas creó una actitud crítica e independiente, sin prejuicios, lo que le llevó a ser innovador, sin comprometerse radicalmente en el cambio” (60). Para Rueda, el médico y botánico se hizo rico explotando la quina. Sin que fuera lo más importante, el autor ata a Mutis con otros aspectos icónicos de su radio de influencia en el marco de las ciencias útiles: las tensiones entre la filosofía natural de corte copernicano y la enseñanza tradicional, el surgimiento de los primeros círculos masónicos, su relación con los jesuitas, y la creación de una especie de red de sabedores entre los indígenas. La tesis más fuerte del autor alrededor de Mutis es su desacuerdo con quienes lo han considerado el padre de la ecología en América “cuando en realidad lo que hizo [...] fue tener un interés económico: trató de preservar una especie –la quina– mediante la racionalización de su producción y acopio” (96). A través de Mutis, los investigadores del extractivismo colonial y neocolonial podrán encontrar algunas elementos del racionalismo ilustrado que puso sello utilitario al destino de las ciencias naturales en Colombia y el resto de América Latina a través de todo el siglo XX, hasta hoy.

El capítulo III es una prolongación del apartado dedicado a los rasgos generales de José Celestino. Está centrado en el análisis del papel geopolítico de las expediciones botánicas en el dominio europeo del territorio desde el siglo XVI. Rueda, apoyado en la interpretación de datos, apunta aquí a desarrollar su hipótesis del *Redescubrimiento de América*, y en particular a la idea de cómo la ciencia se constituyó en uno de los pilares que permitieron sustentar el capitalismo naciente. Aprovecha las entretelas de la Real Expedición Botánica liderada por Mutis para develar algunos aspectos ocultos, como su papel contrainsurgente en la revuelta comunera de 1781 a través de las “labores informativas” (147) que en realidad lo fueron pero de espionaje, como si se tratara de un “verdadero servicio de inteligencia” (149). Uno de sus protagonistas, fray Diego de García, pone condimento a una narrativa interesada en desmontar la imagen altruista de la Expedición y, por tanto, los intereses calculadores del Virreinato. A la postre Rueda, en su faena desmitificadora, concluye que quien en realidad maximizó las labores de “inteligencia” fue Mutis, porque arrumó y utilizó la información para sus fines comerciales a través de la explotación de los bosques de quina. Particularmente, y dadas las contradicciones tácitas expuestas por el autor, se pudo haber quedado corto en una idea que queda flotando en el texto al plantear que la Expedición Botánica de Mutis sentó las “bases de una naciente identidad nacional” (147).

Los últimos tres capítulos dejan ver los efectos contradictorios de la Ilustración americana, a través de un trío de actores sobresalientes: Manuel del Socorro Rodríguez, el sabio Caldas y Jorge Tadeo Lozano. Del primero se ha dicho que fue el impulsor del periodismo escrito en Santafé de Bogotá y su condición de ser uno de los generadores de un “clima pre revolucionario” (177), pero no de sus aportes a la antropología y al redescubrimiento de América a través de la historia (187), y menos de su posición radical ante la conquista y colonización porque “arrasó con la cultura material de los primitivos habitantes de América” (188), de ahí que Rodríguez propuso la utilización de la antropología, la historia, la lingüística y la antropología para “salvar” los fragmentos materiales del “edificio” cultural demolido por los europeos (189). A su turno, Francisco José de Caldas que nos transmite Rueda, es un sabio atrapado en las contradicciones etnocéntricas del criollato neogranadino. Sin desconocer su postura frente a los daños causados al indígena por la conquista y colonización española, el autor acierta al poner en consideración las dicotomías planteadas por Caldas entre bárbaro / civilizado como mecanismo para analizar las relaciones complejas entre sociedad y cultura. Se apartó de las redes de Mutis y “tuvo reservas frente al saber popular” (233), mientras que las “diferencias racionales eran, en opinión de Caldas, una necesidad” (235), lo llevó a considerar que el negro debía ser

un elemento dedicado a servir como mano de obra y como un ser pensante (254). Tadeo Lozano, quizás el más liberal del tridente, fusilado al igual que Caldas, desde la *Sociedad Patriótica* que impulsó vio en la educación, la agricultura, la industria, el comercio y la política, los campos del progreso. El autor deja en claro que junto a Rodríguez fueron los principales representantes de la corriente antropológica de la época. Fue más allá que todos: América hispánica como territorio mestizo, empezando por la blanca o árabe española (265).

En sus conclusiones, la obra redondea las hipótesis expuestas y demostradas alrededor de las relaciones sociedad-naturalezas tejidas por la ilustración española y el los desarrollos del pensamiento americanista. El libro, como he insistido en esta reseña, es un valioso aporte a la comprensión del pensamiento borbónico, el cual influyó en los procesos de modernización a partir del desarrollo de las ciencias naturales en función de la apropiación utilitarista de los recursos naturales, asuntos cada vez más candentes en el debate contemporáneo sobre los factores históricos que han incidido en la configuración de la crisis socioambiental y el papel de la academia latinoamericana en su estudio y comprensión.

Carlos Alfonso Victoria Mena
Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia